

HOMILÍA MISA DE NAVIDAD
Fernando Ponce León, SJ, 20 de diciembre 2023

La Navidad es un momento encantador que se simboliza en la inocencia y belleza de un niño nacido de padres amorosos y humildes, un niño divino, figurativa y realmente.

La Navidad nos llena de buenos sentimientos porque, además, es la fiesta de la familia que se reúne para celebrar la unión del clan, para rezar y reír juntos, a pesar de las muchas diferencias que sin duda existen entre sus miembros.

La magia de la Navidad aumenta con los niños y niñas felices con tantos regalos, luces e historias, aunque sabemos – pero no lo decimos – que no pocos de esos regalos son un gasto inútil porque terminarán en el olvido. La Navidad es bella, es blanca, es noche de paz y amor. ¿Qué puede salir mal con la Navidad?

En el principio existía Aquel que es la Palabra – dice el evangelio de San Juan – y El era la vida, era la luz de los hombres ... pero los hombres, sinónimo de las tinieblas, no recibieron esta luz. El mundo fue hecho por esta luz, pero el mundo no la conoció. Esta luz vino a los suyos, pero los suyos no la recibieron.

En la Navidad no todas las cosas sales bien porque hay muchas maneras de no recibir la luz de Aquel que existía desde el principio, hay muchas formas de cerrarse a la Palabra que Dios nos dirige, “en distintas ocasiones y de muchas maneras”, como dice la Carta a los Hebreos.

Conocemos bien, por ejemplo, lo que significa la ética consumista que se ha apropiado de la Navidad, a tal punto que quien no compra en esta temporada siente que ha hecho mal, que ha sido egoísta y se promete ser más previsivo y empezar a comprar desde noviembre para poder cumplir a tiempo con todos los suyos.



Pero este año 2024 nos trae una desgracia única que sí debería sacudirnos más de lo habitual. Mientras celebramos el nacimiento de un Niño, un niño muy especial, es verdad, porque lo consideramos nuestro Dios, en la misma Palestina donde se encuentra la ciudad de Belén han sido asesinados más de 6.000 niños, o sea un promedio de cien niños por día desde inicios de octubre. ¿No nos dice nada todo esto? ¿O acaso es mejor pasar por alto estos crímenes para no arruinar la alegría de estos días, no vaya a ser que nos llamen aguafiestas o nos consideren amargados?

Ciertamente son repudiables las masacres del 7 de octubre, como lo son las masacres del 8, del 9, del 10 y así hasta la fecha. Pero lo que debería sacudirnos y dolernos en el marco del nacimiento de Jesús es algo mucho más profundo que las consideraciones geopolíticas o de seguridad entre Estados: es el hecho que Caín sigue vivo y en medio de nosotros, y sigue enseñoreándose también en Navidad.

Lo que quiero compartir hoy con ustedes es este sentimiento que no me deja tranquilo. En medio de las peores y más horribles crisis humanas, o incluso naturales, es común que las personas se pregunten ¿dónde está Dios? ¿Por qué permite que esto suceda?

Pues bien, hoy resulta que las atrocidades que se están cometiendo en Palestina – cada uno puede pensar su tragedia preferida si así lo quiere – hacen que nos preguntemos: ¿y dónde está el ser humano con todas sus conquistas morales? Si el homo sapiens fuera realmente humano, no habría permitido que esto sucediera, ... y sin embargo sigue sucediendo.

La fe en el ser humano está en crisis, al menos para mí. De nada ha servido el llamado progreso civilizatorio occidental pues constatamos día tras día que los dizques civilizados exterminan a los así llamados bárbaros mientras los que se consideran más civilizados todavía dejan hacer. Estamos ante un “fracaso moral del mundo entero”, dice la presidenta del comité Internacional de la Cruz Roja; un fracaso, añadido yo, de un mundo que se precia de sus raíces judeo-cristianas.

De modo que la blanca Navidad no es tan blanca, ni tampoco tendremos una verdadera noche de paz en este año 2024.



Sin embargo, Navidad tiene otra cara, además del rechazo que presentan las tinieblas a la luz. De la plenitud de Dios hemos recibido todos gracia sobre gracia, dice San Juan. Es decir, Dios tiene de sobra lo que a nosotros nos falta: humanidad y compasión.

Cuando Caín responde altanero: ¿Soy acaso el guardián de mi hermano?, Dios lo castiga, por supuesto, pero no lo elimina. Más bien, le pone una marca como signo de protección “para que no lo matara quien se encuentre con él”, dice el capítulo 4 del Génesis.

Esta es la otra cara de la Navidad: en Dios encontramos la fuerza y los argumentos para recuperar en algo, si todavía cabe, la fe en nosotros mismos, a pesar de lo mucho que hacemos para destruirnos irremediabilmente unos a otros.

“Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo Único para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna”, dice San Juan en otro pasaje de su evangelio. Si Dios cree en el ser humano, contra toda evidencia y a pesar de todos los caínes pasados y presentes, todavía se nos da el recuperar la fe en el ser humano.

Quiera Dios concedernos algo de lo que le sobra, un poco de humanidad para llegar a ser Él lo que dice que podemos ser: hermanos y hermanas habitando juntos y en paz la casa común.